

var el equilibrio, cayósele la máscara, y Pacífico prorrumpió entonces en un grito de júbilo, mientras besaba el anillo de Salomón como si hubiese sido una preciosa reliquia.

—¡No ha muerto ella tampoco; no, no ha muerto aún!—dijo riendo y llorando.—Ya he encontrado á mis hijos. Marión, mi pobre esposa, mira mi pecho y verás cuánto te amo.

La compañera del rubio paje volvió á ponerse precipitadamente el antifaz; Tarchino no tuvo tiempo de reconocerla, pues estaba preocupado en examinar á Pacífico en medio de la mayor inquietud y el más vivo recelo.

El pedagogo tenía la cabeza entre las manos y daba silenciosamente gracias á Dios.

—¿Le has visto?—preguntó Tarchino.

—No,—respondió el buen hombre;—no es él á quien acabo de ver.

—Pues bien—dijo el italiano, empujándole de nuevo,—vayamos al interior del palacio, porque es preciso que veas á tu joven señor.

IV

LOS CELOS

Juan Rubio, disfrazado de paje de la reina de Sabá, con la propiedad histórica que antes hemos descrito, paseábase frente de la puerta principal de la gran tienda de Blanca de Armagnac. Si alguien hubiera reparado en el guapo mocito cuando no llevaba más que su ropilla de paño burdo y su miserable capa, es de creer que se habría sorprendido grandemente al volverle á encontrar con su brillante y nuevo atavío. Hay que convenir en que no era éste el medio más adecuado para que el joven pasara desapercibido.

Sin embargo, débese tener en cuenta que los colores de Blanca de Armagnac eran aquella noche un buen salvoconducto; y la curiosidad que Juan Rubio inspiraba traducíase sólo en miradas de simpatía por parte de los hombres y en benévolas sonrisas por la de las mujeres.

Una ó dos veces, en tanto que hacía su guardia, vínole á la memoria el recuerdo de Juan Moreno, y miró á uno y á otro lado para ver si por casualidad daba su vista con su amigo emprendedor y generoso; pero éste debió sin duda estar absorbido por serias é importantes operaciones, y como el arrogante caballero tenía otras cosas en qué pensar, se distrajo del recuerdo de su camarada.

La cabeza del pobre Juan Rubio estaba á punto de estallar, tanto era lo que discurría sobre su inverosímil situación.

Al cabo de media hora, que le pareció larga como un siglo, oyó que empezaban á resonar músicas en la dirección del castillo de la Marche. Iluminóse de súbito toda la parte del paisaje que rodeaba las inmediaciones del palacio del hijo de David, y al propio tiempo el atrio del castillo, engalanado y prolongado artificialmente, cubrióse de una gran multitud de señores y de levitas adornados con toda la brillantez de los trajes de capricho que eligió el gran ordenador de las fiestas dadas por Olivier de Graville para representar al pueblo hebreo del siglo del gran Salomón.

Un ejército de esclavos, con antorchas encendidas, descendió dividido en tres pelotones, haciendo penetrar una luz brillante y movediza hasta el fondo de los bosquecillos del jardín; los guerreros, los escribas y los sacerdotes formáronse en doble hilera, en toda la extensión de la gradería, iluminada con nítidos reflejos; y á poco vióse aparecer en el más elevado escalón, como rodeado por una aureo-

la de gloria, al rey Salomón en la persona de Graville.

Todos los espectadores hubieron de poner las manos ante sus ojos, imitando la costumbre oriental, por no quedar deslumbrados ante la súbita aparición de aquel sol refulgente; el nivel de la turba descendió de un modo notable, porque no hubo una sola cabeza que no se inclinara, como por arte de encantamiento, á la vista del soberano anfitrión.

Este movimiento universal hizo resaltar una especie de mancha sombría que se destacó en medio de lo más apañado de aquella muchedumbre abigarrada, compuesta de personas vestidas con los trajes más brillantes y llamativos; aquella mancha componíanla doce caballeros, vestidos todos completamente de negro. Este grupo ó pelotón habla permanecido hasta entonces invisible dentro de las profundidades de las masas que componían el numeroso concurso allí reunido; pero cuando la muchedumbre entera se prosternó, el pequeño escuadrón de los enlutados quedóse en pié, levantando sus cabezas por encima de todos los espectadores.

No faltaron hablillas, murmuraciones y comentarios; pues se recordaba bien que los doce caballeros negros habían entrado á última hora, y casi á viva fuerza, en el castillo de la Marche.

La conducta de esta comitiva lúgubre guardaba relación con su entrada misteriosa. Desde que los doce caballeros habían entrado en los jardines, no se les vió separarse un instante unos de otros, no se comunicaban con nadie, y habiéndoles preguntado algunas mujeres cuál era el papel que iban á representar en la comedia el que parecía ser jefe de la compañía, limitóse á responder con laconismo:

—Ya lo verá pronto vuestro rey Salomón.

Comoquiera que sea, cuando se presentó el rey Salomón rodeado de una gloria deslumbradora y

vestido con aquella túnica blanca que era la admiración del pueblo de Israel, ciñendo la diadema en la frente, empuñando el cetro y llevando pendiente del cinto la espada de la justicia, el rey Salomón era bien merecedor del homenaje que se le rendía.

Según la historia sagrada, era el sabio rey muy hermoso; y Olivier de Graville, que ostentaba hoy su nombre y su corona, no tenía nada que envidiarle en este punto.

Desde lo alto de la gradería, Salomón bendijo á su pueblo, y en el acto, el fuego sagrado del cielo bajó sobre el altar inmediato al castillo, encendiendo la hoguera de los sacrificios.

Durante este espectáculo, abriéronse majestuosamente los cortinajes de la gran tienda preparada para la reina de Sabá, al son de arpas, trompetas y clarines. Una nueva escena se produjo, que despertó otra vez el entusiasmo del espectador, y era la siguiente: Olivier de Graville procuróse á fuerza de prodigalidades un hermoso elefante, animal casi desconocido en Europa en el siglo xv; y precisamente montada en este elefante fué como hizo su solemne aparición la joven soberana del país del Yemen, cubierta de oro y diamantes.

El público se quedó extasiado.

El elefante dió algunos pasos junto á la tienda, y como la joven soberana manifestara cierto temor, no hubo más medio que bajarla de su trono. El elefante, sin embargo, fué paseando en triunfo por los campos y jardines de Jerusalén.

El ceremonial estaba dispuesto de manera que Salomón y la reina de Sabá debían encontrarse en las puertas del templo, para ir luego juntos al palacio que relucía á lo lejos; así es que la doble procesión iba marchando en dos líneas oblicuas que debían acabar por encontrarse.

Al salir de la tienda principal, una dama del sé-

quito y un paje colocáronse detrás de la reina; venía luego otra dama sin acompañante, y que llevaba sobre su talle airoso y esbelto un manto azul.

Juan Rubio permanecía clavado allí, pálido de emoción; sus piernas flaqueaban bajo el peso de su cuerpo y su cabeza ardiente se hallaba como desvanecida; á pesar de todo lo cual sintióse con fuerza suficiente para adelantarse y tomar sitio cerca de la dama, que iba sola, en cumplimiento de las instrucciones que María de Argennes le había transmitido poco antes.

Ofreció tímidamente la mano á la señorita, quien se la tomó en seguida, y ya fuera involuntariamente, ó por efecto de la emoción que la dominaba, Juan Rubio sintió que le oprimían ligeramente los dedos.

—¡Oh mi noble señora!—tartamudeó, sin darse apenas cuenta de lo que decía.

—Silencio—dijo la supuesta dama de la reina de Sabá; y Juan Rubio reconoció en el acto la voz querida de Blanca de Armagnac.

Esta meditó un instante, y añadió luego con voz resuelta y firme:

—Nos queda muy poco tiempo, caballero; así es que conviene que me escuchéis sin interrumpirme. Responded tan solo á las preguntas que voy á dirigir, como hombre de corazón y cumplido caballero. ¿Es por mí por quien habéis venido á París?

—Por vos, ¡sólo por vos!—replicó el apuesto joven.

—En este caso, puedo consideraros como amigo, ¿no es verdad?

—¡Quisiera consagraros mi vida!

—Siendo así, es natural que anheléis ganar vuestras espuelas, á fin de que podáis un día ser mi caballero.

—Si para eso no se necesitara más que verter mi

sangre hasta la última gota...—empezó á decir Juan Rubio; pero Blanca le interrumpió, exclamando en medio de una significativa sonrisa:

—Bueno, bueno, esto sería tal vez demasiado; y yo no os pido tanto. Creo que sois valiente, pues todo el mundo lo es á vuestra edad; vuestros ojos me dicen que sois leal y franco, y yo no sé si es reflexión ó locura, me inspira gran confianza vuestra noble adhesión.

Juan Rubio llevó á sus labios la mano de su dama con toda la galantería y donaire propios de un cortesano consumado.

—Voy á proporcionaros los medios—añadió Blanca de Armagnac—de ganar vuestras espuelas de golpe y porrazo, y de conquistar los honores de caballero antes de que se ponga el sol que va á alumbrarnos dentro de breves horas.

—¿Es posible?—exclamó Juan Rubio.—Y cuando yo sea caballero, ¿podré esperar...?

—Señor paje—profirió Blanca con voz un tanto severa,—hubiera preferido que os limitaseis á decir sencillamente: ¿qué hay que hacer?

Juan Rubio bajó la cabeza y repitió con acento contrito:

—¿Qué hay que hacer?

El cortejo de la reina de Sabá encontrábase en este momento con Salomón y su comitiva; el rey y la reina cambiaron, con no sé qué pretexto, varias preguntas y contestaciones en un idioma que no comprendían seguramente uno ni otro; pero aquella era la lengua venerada, y sin ella no podía haber una fiesta clásica y de buen tono.

La reina no dejó su trono ni levantó el tupido velo que caía sobre su máscara, lo cual no impidió que Salomón, á costa de un anacronismo cándido pero galante, le recitara muchos versos de Virgilio, enderezados á ponderar su divina belleza.

La reina hizo una profunda reverencia, y ambas mascaradas volvieron á ponerse en movimiento en dirección del palacio.

—Lo que hay que hacer—dijo muy quedo Blanca, que no pudo dejar de sonreír viendo los esfuerzos de habilidad y de memoria que Olivier practicaba en honor de Berta de Sauves, su doncella,—lo que hay que hacer, digo, es grabar en vuestra memoria cada una de mis palabras, señor paje; tener los ojos muy abiertos y muy espeditas las manos; aprovechar el momento oportuno; jugar vuestra vida con arrojo, y, por último, ganar la partida.

Juan Rubio ya no hablaba, limitándose á escuchar y á obedecer.

—Hay un hombre que ha venido aquí para apoderarse de mi persona—dijo Blanca con aire preocupado.

Juan Rubio exclamó lleno de sobresalto y angustia:

—¿Trátase de matar á ese hombre?

Blanca de Armagnac meneó lentamente la cabeza y dijo:

—No; la vida de ese hombre es mil veces más preciosa que la mía, señor paje. Véase comprometido aquí en una peligrosa aventura por un arranque de su irreflexiva juventud. Al revés, hay que protegerle.

Juan Rubio retrocedió un paso: los celos le asesinaban el corazón.

—¡Oh mi noble señora!—dijo articulando con dificultad las palabras,—cualesquiera que sean vuestras órdenes, yo las ejecutaré puntualmente... Pero á ese hombre es preciso que le améis con toda exaltación, ya que llegáis á perdonarle el ultraje que os quiere inferir, y ya que en el mismo momento en que él maquina vuestra perdición, vos pensáis sólo en protegerle.

—El hombre de quien habláis—replicó Blanca—es un niño, ya os lo dije antes y yo no le amo, caballero; pero repitiendo la frase que poco ha habéis pronunciado, os diré que yo daría por él mi sangre, hasta verter la última gota.

Y como sintiera la dama que la mano de Juan Rubio temblaba con violencia entre la suya, apresuróse á añadir con voz dulce y melodiosa estas palabras, que resonaron en el corazón del paje como una música celestial:

—Hace ya mucho tiempo que os conozco y que soy amiga vuestra. ¿No habéis notado nunca, señor paje, que procuraba pasar siempre por aquel recodo del bosque donde me soliais esperar? Escuchadme: ignoro lo que nos reserva á los dos la fortuna, pero puedo aseguraros que cuando salí del país de la Marche, mi corazón latía con gran vehemencia. Yo pensaba (y perdónemelo mi santa tutelar si eso fué un pecado), yo me decía: El viene, me sigue, estoy segura de ello, lo adivino, y no tardaré en verle allá en el fondo del camino.

—Y, sin embargo, yo no me atrevía á volver la cabeza—añadió la joven,—porque pensaba: Si yo me equivoco, si he de irme sin volverle á ver, mi viaje será muy triste.

Juan Rubio, que vertía lágrimas de ternura y de gozo, hubiera querido caer de rodillas para dar gracias á Dios. No había llegado á prever tanta felicidad.

—Hablemos ahora de lo que espero de vos, caballero,—continuó diciendo la joven.—Estamos ya muy cerca del sitio donde nos hemos de separar. Mirad aquí, á vuestra izquierda: en medio de esos caballeros que van vestidos de negro, ¿no distinguís uno, que es el más bajo de estatura y más endeble que los otros?

—¿Y que lleva en el casco—añadió Juan Rubio

frunciendo las cejas,—una escarapela azul y púrpura? ¡Vuestros colores precisamente, señora!

—Miradle bien—dijo Blanca,—á fin de que podáis reconocerle cuando llegue la hora crítica.

Juan Rubio no tenía necesidad de esforzarse mucho para conseguirlo, pues, como todos los que aman, era injusto y por demás exigente. Si diez minutos antes alguien le hubiera predicho la décima parte de la felicidad que acababa de experimentar, Juan Rubio le hubiera llamado impostor.

Pues bien; Juan Rubio, en la fiebre de su dicha inesperada, no estaba aún contento: los celos germinaban en su corazón al compás de la felicidad; lanzaba sombrías miradas sobre aquel desconocido que se permitía ostentar los colores de Blanca y en torno del cual se agrupaban los caballeros negros respetuosamente.

—¿Y es ése—dijo el paje con amargura—el que viene aquí para apoderarse de vuestra persona?

—Ese es—respondió Blanca.

—¿Y es él—volvió á preguntar el joven—á quien queréis proteger ante un peligro de muerte?

—Sí, él es—respondió Blanca por segunda vez.

—¡Descúbranse todos!—gritaron en este momento los heraldos de armas;—¡la rodilla en tierra delante del rey!

Hacíanse estas intimaciones, porque en el punto más céntrico de la multitud prosternada destacábase la compañía de los caballeros negros, que permanecían de pie y con la cabeza cubierta.

No variaron de actitud al oír las órdenes de los heraldos, y como los guardias del rey Salomón hicieron ademán de avanzar con las alabardas en ristre, doce espadas salieron á un tiempo de las vainas, resplandeciendo á la luz de los miles de faroles que alumbraban aquel recinto.

Un caballero de arrogante aspecto, que parecía

hacer las veces de capitán de la comitiva, partió de una cuchillada la alabarda de un heraldo que estaba delante de él, y dijo despreciativamente:

—Seguid en paz vuestro camino, lo mismo que el viejo loco de vuestro rey, que lleva más engrudo y menjerges en su cabeza de los que se necesitarían para hacer recobrar la animación á una docena de cadáveres. Seguid todos vuestro camino y cuidad de vuestros negocios, mientras nosotros atendemos á los nuestros.

La muchedumbre escuchó estupefacta, y Juan Rubio notó que la mano de su compañera se crispaba y se ponía fría como el hielo.

El cortejo se detuvo, y Olivier de Graville, que no podía perder el color por llevar muy embadurnado el rostro, miraba con ojos sorprendidos á los doce caballeros inmóviles y erguidos con lanzas.

Durante un momento pudo leerse en sus ojos el deseo de imponer un castigo tan ejemplar como fácil en apariencia; pero Hiram, el gran rey de Tiro, su aliado, que no era otro que Thibaut de Ferrières, inclinóse á su oído diciéndole:

—¿Qué tal? ¿Os había yo engañado, Monseñor?

—No, por vida mía—exclamó el conde;—he reconocido bien la voz de Luis de Orleans.

—Tarchino—repuso Ferrières,—os había dicho que el duque de Orleans estaba en el castillo de Isle Adam, y yo, por el contrario, os he dicho que se hallaba en París. ¿A cuál de los dos váis á creer de aquí en adelante?

—¡Están, pues, locos!—murmuró Graville, que meditaba profundamente.

—Ahora, monseñor—añadió Thibaut de Ferrières,—es cosa nada más que de tener paciencia. La celada está bien dispuesta, la trampa bien tendida, dejemos que caigan en ella, y habrá concluido todo.

Al propio tiempo y sin esperar la respuesta de su

señor, hizo una señal y el cortejo volvió á emprender la marcha.

El más joven de los caballeros negros, el que se mantenía en el centro del pelotón y que llevaba los colores de Blanca de Armagnac, blandió su espada diciendo:

—¡Por la hermosa reina de Sabá!

Thibaut de Ferrières miró á Graville sonriendo y le dijo:

—Yo insisto en asegurar que la emboscada está bien dispuesta.

Juan Rubio dejó escapar una exclamación de cólera.

—Señora, señora—dijo rechinando sus dientes,—¿os obstináis aún en salvar á ese hombre?

—Sí, lo quiero, respondió Blanca.

En este momento empezaban á subir las gradas del palacio de Salomón.

—¿Quién es, pues?—preguntó Juan Rubio, que no podía reprimir ya su arrebató de celos.

—Blanca de Armagnac lanzó sobre él una mirada de reproche, y soltando su mano le hizo señal de que se quedara fuera del palacio.

—Es el rey de Francia, caballero,—respondió con gravedad.—¡Adiós, y que el cielo os guardel

Esto dicho, penetró en el alcázar, siguiendo al cortejo y dejando al pobre Juan Rubio petrificado.

V

BLANCA

Era un tipo original y verdaderamente notable el de la hermosa Blanca de Armagnac, de quien decía el rey Carlos VIII que brillaba única en el mundo, al igual que el sol en el firmamento. Su ca-

rácter resentíase mucho del círculo en que había vivido desde su infancia; así es que era audaz y emprendedora hasta el extremo de que nuestros lectores han podido ver en ella una naturaleza aventurera y atrevida. Y, sin embargo, al decir de las personas que frecuentaban su trato, nada igualaba su dulce timidez y discreto candor.

Era aquello un aluvión de opuestas cualidades, entre las que no se descubría, seguramente, vicio alguno, pero sí bastantes lunares ó defectos.

Lo que más falta había hecho á Blanca de Armagnac eran, sin duda, las lecciones y consejos de una madre; manifestábase imperiosa muchas veces, caprichosa muy á menudo, sin que los generosos impulsos de su buen corazón hubieran podido librarla siempre de incurrir en injusticias.

Es cosa averiguada de larga fecha que los que han nacido grandes y poderosos no tienen, por lo común, la altiva susceptibilidad de los encumbrados por carambola ó de los simples plebeyos enriquecidos, que conocemos con el nombre de magnates improvisados. ¿Por qué Blanca, en medio de su noble modestia, dejaba traslucir á veces ciertos arranques de orgullo impetuoso? ¿Por qué en determinadas ocasiones parecía reclamar las muestras de un respeto exagerado y hasta las bajezas de la adulación? ¿Sospechaba, por ventura, que hubiese quien tuviera la insensatez de poner en duda el esplendor, casi real, de la sangre de Armagnac, que creía circulaba por sus venas?

La joven no había jamás revelado á nadie el fondo de su pensamiento; sus compañeras, que la profesaban sincera estimación, no llegaron nunca á ser sus confidentes; y Blanca hula muy á menudo de los placeres de su edad para abandonarse libremente á alguna quimera en la soledad y el silencio del bosque umbrío.

Cuando permanecía así, sola y retirada, empeñábase su espíritu en una fatigosa tarea, que consistía en procurar levantar la punta de cierto velo que le ocultaba las primeras impresiones de la infancia, de la misma manera que las brumas desvanecen los lejanos horizontes. Sus recuerdos nacían, brillaban un instante y se borraban en seguida. No podríamos comparar ese estado mental de la joven, sino con los sueños vagos é indecisos de que hablaba Juan Moreno en su conversación con Juan Rubio en la posada de la Urraca.

Y hacemos con tanto mayor gusto esta comparación, cuanto que los recuerdos del joven soldado y de la joven princesa tenían entre sí un verdadero aire de familia. Cuando se descorría un poco el velo, era también una pobre cabaña lo que veía Blanca en lo más profundo de su memoria; y en la cabaña entraban labradores de triste aspecto, con el cuerpo encorvado por el trabajo, pobres infelices siempre, hambrientos muy á menudo, y de vez en cuando (y esta impresión era la más viva en la joven) un hombre de dulce y angustiado semblante, que solía inclinarse sobre su cuna con los ojos arrasados en lágrimas.

Blanca de Armagnac no tenía necesidad de preguntarse, como Juan Moreno, si aquel hombre era su padre, y sin embargo...

Luego, bruscamente y sin pasar por la menor transición, veíase transportada al palacio patrimonial de los señores de la Marche, donde le decían todos que era Borbón por su abuela, prima de la regente Ana de Francia y parienta próxima del rey. Delante de ella exaltaban sin cesar, y con estudiado énfasis, la incomparable nobleza de su raza, no faltando quien añadiera: Sois la primera señorita del reino.

Y, cosa extraña, por efecto tal vez de las huellas

que habían dejado en su memoria los misterios de su infancia, ello es que toda aquella ostentación parecía á la niña pura comedia y estudiado embelleso. Tenía idea de que mosén Olivier de Graville se había sonreído la primera vez que le dió el tratamiento de *Madama*.

De todo el respetuoso aparato que la envolvía entonces, destacábase como un ligero perfume de burla y afectación.

Por otra parte, no siempre delante de los niños se guardan los debidos miramientos; así es que Blanca pudo sorprender ó cazar al vuelo algunas frases perdidas ó pronunciadas al acaso, que fué oyendo desde los primeros crepúsculos de su inteligencia.

Aquel italiano, Vicencio Tarchino, á quien detestaba instintivamente sin saber por qué, inclinábase hasta el suelo cada vez que aparecía ante sus ojos; pero así que la joven había vuelto las espaldas, volvía á enderezar su espinazo y murmuraba, encogiéndose de hombros:

—He ahí el huevo de pato que han empollado nuestras gallinas.

Esta fué durante mucho tiempo su broma favorita, la cual no sabemos hasta qué punto era comprendida por los soldados y aventureros del castillo.

Entre estos hombres de armas había uno muy valiente llamado Jerónimo Ripail, excelente como soldado y más aún como bebedor. Una noche Blanca encontró á Jerónimo en el corredor central del castillo; el mercenario estaba beodo, según costumbre, y apenas podía tenerse en pie. No se incorporó á tiempo, y Blanca, que se encontraba en uno de sus días de altanería y arrogancia, le trató con bastante severidad.

Jerónimo Ripail apoyóse como pudo en la pared de la galería, y dijo riendo estrepitosamente:

—Reinecita mía, habla más alto aún, si te place, yo te lo aconsejo. Tu madre guardaba ovejas y tu padre era criado y sacristán de los monjes. ¡Por vida de mi patrón!, dice bien maese Tarchino; nuestras gallinas han empollado un huevo de pato, y ahora la *patita* se cree ya dueña del gallinero.

Esto dicho, hizo una mueca de equívoca significación, y se retiró, describiendo anchos zig-zags á lo largo del corredor. Blanca, que contaba apenas diez años entonces, se quedó corrida y estupefacta. No mandó castigar al insolente soldado, limitándose á llamarle algunos días después á su aposento.

A las innumerables preguntas que le dirigió la joven, Jerónimo respondía no más: «Mi noble señora, yo estaba borracho, y os ruego me perdonéis.» El soldado afectaba no conservar ningún recuerdo de sus injuriosas palabras.

Y no obstante esta misma entrevista, en la cual Jerónimo supo conservar tan bien su diplomática reserva, debía aumentar las dudas que atormentaban á Blanca, pues al pedir el soldado la licencia para retirarse, murmuró:

—El día en que dije eso debí cortarme la lengua, porque puede decir demasiadas cosas.

Posteriormente, Ripail salvó la vida á Blanca de Armagnac, cuyo caballo fué reventado por un jabalí. Esto hizo que se estableciera una especie de vínculo secreto entre la niña y el soldado; Jerónimo bebió de vez en cuando un poco menos, y viósele penetrar en las habitaciones privadas de Blanca, so pretexto de tratar de asuntos de montería.

Así que Blanca cumplió los quince años, cambió su posición. Olivier de Gravelle enamoróse de ella hasta perder el poco seso que le quedaba; y á partir de aquel momento, la joven dejó de ser ya una princesa de burlas, pues se hizo necesario respetarla de buen grado ó por fuerza. El mismo Tarchi-

no hubo de renunciar á sus bromas picantes, conservando tan solo de sus anteriores costumbres la de hablar á Blanca encorvado hasta el suelo.

Consolábase de esta humillación diciendo en confianza á sus amigos íntimos, que ya llegaría la ocasión en que la princesa Ana de Beaujeu acabaría por estrangular á la oca empollada por las gallinas.

Por este tiempo fué cuando destinaron á servir á Blanca, en calidad de paje, á nuestro atolondrado calaverita Juan Moreno. La primera vez que los dos niños se vieron, experimentaron entrambos una inexplicable emoción; hubiérase dicho que se reconocían sin haberse visto jamás. Blanca sentíase atraída hacia su nuevo paje; pero los ojos de Juan Moreno brillaban de un modo tan atrevido cuando se fijaban en ella, que Blanca empezó á temerle. Hizose severa para con el audaz mocito, ella que solía ser tan buena y comunicativa con todo el mundo cuando no se trataba de su gran secreto.

El joven no era de esos que palidecen y enferman á los pies de un ídolo, así es que se consoló dirigiendo alegremente sus miradas á otra parte; é hizo diabluras lo mismo dentro que fuera de la casa, ya bebiendo con Ripail, ya jugando bromas pesadas á todo el mundo.

Blanca tuvo además noticia de que su paje venía á ser el hijo mimado de Tarchino, convertido recientemente en señor de Bruns, por la gracia de Olivier, conde de la Marche. Esta última circunstancia hizo repulsivo al paje á los ojos de Blanca, y fué causa de que ésta no volviera á ocuparse más de aquél.

Durante algunos años sucediéronse sin interrupción para Blanca las fiestas y las diversiones, ya en París, ya en el condado de la Marche; la joven era en todas partes la reina de la hermosura, y se-

gún la expresión del rey Carlos, el único sol que lucía sin rival y sin ocaso.

Asimismo se lo manifestó el rey una noche, en un baile celebrado en el palacio del Parlamento. En un asalto de armas que dió la regente en los jardines del palacio de San Pablo, el rey ostentó los colores de Blanca, y se declaró su caballero. El rey es siempre el rey, así es que Blanca sintióse tal vez lisonjeada en el fondo del corazón por aquella soberana preferencia, y experimentó desde entonces, hacia el monarca, un sentimiento en que dominaba un poco de compasión y mucho de respetuosa gratitud.

Al crecer en años, fué imposible que la joven no llegara á conocer la trágica historia del último duque de Nemours, su padre, y el papel que Olivier de Graville desempeñó en aquel sangriento drama. Es raro ver que por todos los medios se trataba de convencer á la niña de que su padre y su madre eran indignos de vivir en su memoria, ya que la habían arrojado de su lado, para colocar á un advenedizo en su lugar; verdad es también que no faltaba quien procuraba envolver en un insondable misterio aquellos sucesos que la pobre Blanca no podía desentrañar; pero la joven poseía un espíritu recto y sutil, que la impulsaba á escudriñar el fondo de las cosas. A sus ojos, por más que se intentara obscurecer las circunstancias que acompañaron al triste drama del castillo de la Marche, no había más que dos hipótesis aceptables:

O bien los rumores que circulaban sordamente entre el público y que llegaban á veces á oídos de Blanca eran fundados, en cuyo caso era usurpada la posición que ocupaba; ó bien era positivamente la hija de Jaime y de Isabel, y entonces tenía por tutor y protector al asesino de los que le dieron el ser.

Fuera de estas dos hipótesis, nada quedaba que discurrir.

La primera veíase apoyada por los vagos recuerdos de la niñez, que tan á menudo habían agitado á la joven; aquella misera cabaña que surgía aun en medio de sus quimeras, ¿no le repetía en alta voz las palabras proferidas por el soldado Jerónimo Ripail en su borrachera: «Eres la hija de un pobre hombre y una pobre mujer»?

En favor de la segunda hipótesis, luchaba el innato orgullo de Blanca, la cual era buena y de generoso corazón, pero altiva y arrogante; y el caer de tan encumbrada altura á tan extraordinaria humildad la hubiera muerto.

En resumen: ella no sabía nada á punto fijo, ni quería tampoco saber, y procuraba distraerse y aturdirse, en la seguridad de que lo más prudente era aguardar á que el tiempo descifrara aquellos enigmas.

Pero como el esperar no estaba en armonía con su naturaleza apasionada, sus ideas sufrieron una grande y violenta transformación la primera vez que Dios le deparó un buen amigo.

Aquel pobre niño Juan Rubio, que tenía no poco que hacer para salvarse á sí mismo, parecióle, en un principio, nada menos que un salvador. La joven le forjó á medida de sus deseos, hizole crecer hasta el punto que sus quimeras le fijaron; representósele tan fuerte como bello, y así engalanado por la fantasía espléndida de una hada encantadora, sobresalió de repente y vióse el niño convertido en un acabado héroe de leyenda.

Juan Rubio estaba perdidamente enamorado de aquella noble cazadora que se le había aparecido como un ser más que humano; pero no sería temeridad suponer que Blanca no estaba menos enamorada de él.

En todos los sentimientos humanos entra por mucho el yo, así es, que cuanto más ponemos de nues-

tra parte en el objeto amado, más le queremos, ya que entonces esta afección se aproxima más á la que nos profesamos á nosotros mismos, á pesar del mandato de Dios.

Por eso la última expresión del amor humano es una especie de confusión egoísta entre el corazón del que ama y el del objeto de nuestro amor.

El pagano Pigmalión llegó á adorar, por este motivo, la estatua animada por su genio creador, lo cual quiere decir que Pigmalión se adoraba á sí propio en su obra; el mito eternamente verdadero no ha querido demostrar otra cosa.

Para Blanca, aquel niño hermoso que iba á esperarla todos los días para poderla admirar desde un recodo del bosque, tenía algo de la estatua de Pigmalión. Blanca no le conocía, jamás le había hablado; no era, por lo tanto, á aquel joven en sí á quien amaba ardientemente, sino á la obra de sus deseos, á la creación de su fantasía, transportada al cuerpo del apuesto doncel.

Y, yo os lo aseguro, esa clase de pasiones que nacen en la imaginación y se desarrollan en la fiebre del anhelo indeterminado y misterioso, acaban por avasallar al corazón con irresistible fuerza.

Cuando Blanca salió del país de Armagnac, hemos oído que decía que estaba cierta de que Juan Rubio iría en pos de ella; sin embargo, á pesar de esta certeza, cuando vió que verdaderamente el joven la seguía, le dió las gracias desde el fondo de su corazón.

Fueron bien felices para ella las horas del viaje, hasta el punto de que no llegó á sentir la menor fatiga. De vez en cuando, en lo alto de una colina ó en el fondo de una de las arboledas que bordeaban la carretera real, Blanca divisaba á Juan Rubio trotando vigorosamente con su caballito.

La joven sonreía entonces de felicidad, y exclamaba en su interior: «La Providencia ha elegido al que ha de defenderme.»

En la última jornada, entre Corbeil y Fontainebleau, el capitán Tarchino, que mandaba la escolta, empezó á inquietarse de aquel joven desconocido, que al parecer seguía á Blanca como si fuera su sombra. Dió orden de perseguirle, y en tanto duró la caza, quedóse Blanca sin respiración; tan grande fué el susto que experimentó; pero Juan Rubio y su caballito, á pesar de que estaban molidos de cansancio, hicieron proezas dejando con un palmo de narices á los jinetes de la escolta.

Decididamente, Dios había protegido al futuro caballero de Blanca de Armagnac.

Al fin de esta misma jornada, al acercarse á los muros de París y cuando la luz del crepúsculo vespertino empezaba á velar y confundir los objetos, detúvose la escolta en un figón para echar el último y más regalado trago de vino. En aquella taberna estaban trincando ya de lo lindo varios aventureros pertenecientes á la tropa de Thibaut de Ferrières que venían de regreso de la misión que el conde de la Marche les había confiado en el país de Armagnac. En el momento en que Blanca echó pie á tierra notó que una mano se apoyaba en su brazo mientras una voz conocida murmuraba á su oído:

—Seguidme, señora, y sabréis algo que os atañe de cerca.

Blanca de Armagnac volvió la cabeza y vió que el que hablaba era el soldado Jerónimo Ripail. Este condújola á la sala común del figón, donde los camaradas de Ferrières departían con los soldados del rey. En el siglo xv los mesones no brillaban por la claridad y el lujo; así es que Blanca y Jerónimo pudieron sentarse en un rincón sin excitar la curiosidad de los bebedores.

—¿Estás tú bien cierto de lo que dices, buen mozo?

—preguntaba en este momento Thibaut de Ferrières á un soldado.

—Yo estaba de guardia esta mañana junto al retrete del rey nuestro señor—replicó el soldado,—y lo he oído todo perfectamente.

Blanca escuchaba con atención.

—¡Pues están rematadamente locos los que rodean á Carlos de Francia!—exclamó Thibaut.

—¡Bah!—respondió el soldado,—ellos suponen que Olivier de Graville no se atreverá.

Hubo un corto silencio, después del cual añadió Thibaut de Ferrières bajando la voz:

—¿Y cuántos se reunirán para emprender ese disparate?

—¡Doce, contando el rey, caballero!

—¿Y qué traje llevarán?

—Completamente negro, á excepción del rey, que lucirá una escarapela con los colores de su dama.

—¡Diantre!—exclamó el de Ferrières, riéndose á carcajadas,—ya le conozco más de una novia á nuestro buen reyecito. En primer lugar, la hija de Maximiliano de Austria, que come y bebe lo mismo que una rubicunda alemana, en el palacio real del Parlamento; viene después la duquesa Ana de Bretaña, que está caminando hacia París á lo largo de las orillas del Loira; y como si estas dos no bastaran, he aquí que se trata ahora de Blanca de Armagnac. ¡Yo os digo que si nadie le ataja, acabará nuestro señor por ser un diablo á cuatro! Pero tal vez encuentre quien le detenga... ¿Cómo irán armados?

—Con espada y daga.

—¿Cómo y de qué manera piensan ejecutar el golpe de mano?

—En el momento en que Graville y Blanca salgan del palacio de Salomón para dirigirse al templo.

Thibaut recompensó pródigamente al soldado y salió con presteza gritando:

—¡Eh! ¡á caballo, camaradas!

Y luego añadió para su capote: Si á Olivier le falta valor, acudiré á la misma Ana, duquesa de Borbón, y... ¡adelante!

Salieron todos del figón alegremente y se mezclaron con los hombres de la escolta que mandaba Tarchino.

Los dos excelentes servidores de Graville, Vincencio Tarchino y Thibaut de Ferrières, eran entrambos rivales entre sí. Cada uno de ellos se había fijado el camino que debía seguir; Tarchino ansiaba la total ruina de los Armagnac, para que quedara vacante el ducado de Nemours; en tanto que Thibaut de Ferrières negaba la existencia de la duquesa Isabel y de su hijo Juan, calificando de locura las aprensiones de Tarchino, por cuya razón aconsejaba siempre á Graville que abandonara el terreno curial en que se había metido, para dedicarse tan sólo á tantear las aventuras políticas, más peligrosas tal vez, pero más lucrativas y rápidas.

Thibaut seguía siendo el perverso inspirador de la regente Ana. En el fondo de la intriga que iba urdiendo se proyectaba una verdadera revolución. Pasando por encima de dos tumbas, una de las cuales podía ser la del joven rey Carlos VIII y la otra la de Luis, duque de Orleans, era posible que la hija de Luis XI llegara á ocupar el trono.

En este caso, ¿quién pondría límites á la fortuna de Graville?

Blanca no llegaba á adivinar todo esto. Atribuía las graves palabras que acababa de oír únicamente á los celos del señor de Graville, y esto solo la llenaba de espanto, pues se trataba nada menos que de la preciosa vida del rey.

Velase sola y sin ningún amigo en quien poder

confiar; así es, que se apoderó de su ánimo el más profundo desaliento.

Antes de que la escolta se pusiera en movimiento oyó el trote de un caballo, cuyas herraduras chocaban con los guijarros de la carretera; y al levantar los ojos para mirar quién era el jinete, serenóse su semblante. El caballero no era otro que el bello doncel de los cabellos rubios.

—Esta noche podré contar con él—pensó la joven.

Hecho este sencillo cálculo, parecióle que todo peligro se había disipado ya, y que podía confiarse á su pequeño héroe la guardia y la defensa del rey de Francia.

¡He aquí una joven razonable y un monarca admirablemente custodiado y defendido!

Volvamos á las suntuosas fiestas.

Juan Rubio quedó pasmado de la brusca despedida que le había hecho su dama en la puerta del palacio de Salomón. El final de la entrevista dispó toda su satisfacción; no se acordaba ya el ingrato, de lo mucho que la dama había hecho por él, y su cabeza, llena de cavilaciones, forjábese inquietudes y recelos sin cuento.

—¡El rey!—repetía Juan Rubio;—pero si el rey quiere robarla, será porque está enamorado de ella.

Una pequeña risotada, entre alegre y burlona, resonó cerca de su oído; volvió la cabeza, y reconoció á su lado el gracioso contorno de María de Argennes.

—Por lo visto no se han realizado mis buenos deseos, hermoso paje,—dijo la joven;—¡Santo Dios!, sois un hombre bien desgraciado.

Y seguía riendo con más entusiasmo, hasta el punto de que Juan Rubio no sabía ya si debía reír también con ella ó si le tocaba incomodarse.

—Mi joven caballero—respondió María de Argennes con toda formalidad;—no conviene mimar

mucho á los niños, porque llevan luego sus exigencias hasta la locura. El rey no se apoderará de madama Blanca, porque, como sabéis, va vestida de simple camarista: si á alguna roba su majestad será tan sólo á mi amiga y compañera Berta de Sauves, que es la que va disfrazada de reina de Sabá. Tened, pues, tranquilo el corazón, y no olvidéis que la ocasión desperdiciada no vuelve jamás á presentarse de nuevo. Los favores de la señora Fortuna os han sido hoy propicios hasta lo inconcebible; ¿quién sabe si os reconocerá mañana esta caprichosa divinidad?

Su brazo indicó en este momento el pelotón de los caballeros enlutados.

—Procurad—añadió la buena joven—no perder de vista al niño que lleva la escarapela roja y azul; aquí, muy cerca, habéis de decidir entre vuestra fortuna y vuestra desgracia.

Las últimas doncellas del séquito de la reina de Sabá pisaban entonces los umbrales del palacio; María de Argennes fué en pos de ellas, y Juan Rubio volvió á quedarse solo otra vez.

La muchedumbre, que se había agrupado para presenciar el desfile del cortejo, fué aclarándose poco á poco. En torno del palacio levantábanse vastos pabellones, bajo los cuales veíanse muchas mesas y asientos, donde acudían las personas sensatas en busca de un refrigerio, mientras los locos bailaban desesperadamente. Juan Rubio se sentó á una de esas mesas, colocándose de suerte que no pudiera perder de vista al pelotón de los caballeros negros.